

[...] Los idiotas, al escuchar el griterío de sus padres, se volvieron hacia ellos. Tenían en el rostro una mueca que mostraba puro placer salvaje. Tan salvaje, que daba miedo. Su ya limitada cantidad de pensamientos se había reducido más aún, sin poder pensar en una cosa: necesitaban más. Avanzaron al mismo tiempo hacia sus padres, con una mirada de profundo deseo, con los dientes rojos por la sangre de su hermana, que caía en finos hilos por las comisuras de sus labios, sumándose a la que inundaba ya el piso de la cocina, sobre la que sus pies; descalzos, totalmente humanos, sin ninguna señal de los monstruos que tenían por dueños; chapoteaban y resbalaban. Don Mazzini, aterrado, salió corriendo, llevándose a su esposa; que lloraba y pedía ayuda, aunque los sollozos descontrolados no la dejaban formar palabras siquiera; buscando la salida. Cuando al fin la encontró, recordó que estaba cerrada, así que buscó las llaves en su bolsillo y trató de colocarlas en la cerradura, pero sus manos, resbaladizas por el sudor, se lo dificultaban. Cuando al fin lo logró, supo que ya era tarde. Ya podía oír la risa, desquiciada e idiota al mismo tiempo, de sus hijos, y en poco tiempo, sus asesinos, pensó. Unas manos lo asieron del cuello, mientras que otras lo sostenían por los hombros, y sentía un paciente cuchillo, y luego algo caliente, en la garganta. Lo último que vio fueron los ojos de su hijo mayor, en los que sólo había caos, placer y un deseo inhumano. Ni rastro del niño que había sido, ahora devorado por esa horrenda bestia.